

10º domingo ordinario C/2013

Las lecturas de este domingo hablan del poder de Dios de dar la vida. Nos invitan a poner en las manos de Dios todos nuestros problemas y particularmente las cosas difíciles que no podemos resolver nosotros.

La primera lectura del libro de los Reyes nos recuerda la historia del profeta Elías y la viuda de Sarepta. De hecho, cuando el profeta disfrutó de la hospitalidad de la viuda de Sarepta, su niño murió. Para la mujer, era debido a la presencia del profeta en su casa que Dios la castigó por sus pecados del pasado. Movido por la tristeza de la viuda por la muerte de su niño, Elías tomó al muchacho en el cuarto donde dormía y oró a Dios. Después de la oración, el muchacho volvió a la vida.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es el maestro de la vida y de la muerte. Por eso, Dios puede devolver la vida más allá de la muerte. Del mismo modo los profetas que guían a su pueblo participan en su poder y pueden también curar. Otra idea es que Dios escucha la oración de los que le invocan.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en cual Jesús resucita al hijo de la viuda de Naím. En primer lugar, el Evangelio dice que Jesús viajó al pueblo de Naím. A la entrada del pueblo, se encontró con un cortejo fúnebre y la gente que iba al cementerio con un hijo cuya madre era una viuda.

Cuando Jesús los vio, fue movido a compasión. Entonces, se dirigió a la madre y la invitó a dejar de llorar. Luego, se acercó al ataúd y lo tocó de modo que los que lo transportaban se pararan. Mandó al joven que se levantara y el muerto se levantó y comenzó a hablar. Entonces, Jesús lo devolvió a su madre.

La muchedumbre, por su parte, se llenó de temor y glorificó a Dios diciendo que un gran profeta estaba en medio de ellos y que Dios había visitado a su pueblo. La noticia de este hecho de Jesús se extendió a través toda Judea y las regiones circunvecinas.

Aprendemos mucho de este texto. Lo primero que quiero destacar es que Dios es el maestro de la vida y de la muerte. Decir que Dios es el maestro de la vida y de la muerte es una declaración que requiere explicación. Significa que no sólo Dios está en control de nuestra vida y nuestra muerte, sino también que sabe todo lo que nos pasa. En este sentido, Dios se alegra con nosotros cuando estamos felices y se pone triste con nosotros cuando lloramos. Así, comprendemos por qué Jesús se compadece de la gente cuando vive una situación difícil.

De hecho, Dios es la vida. Y porque es la vida, es también la fuente de la vida que disfrutamos hoy y hemos heredado de nuestros padres. Nuestros padres son los instrumentos a través de los cuales Dios nos da su propia vida. En este sentido, Dios es el maestro de la vida y la vida misma es su regalo.

Sin embargo, la vida es frágil y corta; no podemos controlarla totalmente. Por eso, nuestra vida en la tierra se termina con la muerte física. En este sentido, la muerte es constitutiva de la naturaleza humana. Vivimos con la seguridad de que un día moriremos. No podemos evitar la realidad de la muerte, aunque la medicina progresa cada día.

Que tenemos que morir un día, muestra que la vida en la tierra es limitada. Pero no morimos por nada, sino para resucitar a la nueva vida. Por eso, la muerte cristiana contiene una perspectiva de la vida eterna y una promesa de inmortalidad. Morimos ciertamente, pero con la esperanza de la vida eterna en el cielo. Esta perspectiva de la vida eterna encuentra su raíz en la resurrección de Jesús. Como Jesús vivió, sufrió, murió y resucitó, nosotros también pasaremos por el mismo proceso. Vivimos, sufrimos, morimos y nos elevamos a fin de compartir la resurrección de Jesús.

¿Cuándo moriremos? ¿Cómo moriremos? Nadie sabe el tiempo o el momento en que moriremos. Hay un secreto sobre nuestra vida y nuestra muerte que Dios solo sabe. Además, ya que Dios es la fuente de vida, él solo sabe el plan que él ha inscrito en cada uno de nosotros sobre la longevidad de nuestra vida. No importa si somos jóvenes o viejos. Como un filósofo ha dicho, “Una vez que nacemos, somos bastante viejos para morir”.

Debemos ser conscientes de esta realidad. No digo esto para que tengamos miedo de morir, sino para que seamos realistas sabiendo bien que la muerte puede llevarnos en cualquier momento. Lo más importante, entonces, no es saber cuándo moriremos, sino como moriremos. En este sentido, nuestra preparación diaria es lo más importante de todo.

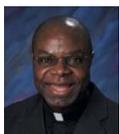
El segundo punto que quiero traer es la anticipación de la vida eterna en el presente. De hecho, en ambos casos citados en lecturas de hoy, los dos muertos volvieron a la vida.

Sin embargo, debemos darnos cuenta de que estas personas murieron y no vivieron para vivir eternamente en la tierra. Lo que el profeta Elías y Jesús hicieron es de mostrar como Dios es la fuente de la vida eterna. En este sentido, su retorno a la vida tiene un carácter de anticipación de la vida eterna que Dios va a darnos al fin de nuestra peregrinación en la tierra.

De hecho, en cualquier momento que estemos enfermos y nos recuperemos, probamos la fruta de la inmortalidad. El recuperarnos y recobrar fuerza tiene un carácter temporal, porque después de todo, moriremos finalmente algún día. El carácter definitivo de nuestra vida vendrá el día que veremos al Señor cara a cara y participemos de su vida en el cielo. Nuestra vida en la tierra es provisional. Esto es cierto también con las cosas que disfrutamos en este mundo; no son eternas. Por eso, sería un error amar las cosas de este mundo como si fueran eternas.

Recemos para que Dios abra nuestros ojos para que apreciemos las cosas de este mundo en su justa dimensión. Ofrezcamos al Señor todos nuestros problemas para que nos ayude a verlos con su gracia. ¡Que Dios los bendiga a todos!

1 Libro de los Reyes 17, 17-24; Gálatas 1, 11-19; Lucas 7, 11-17



Hecha de la Homilía: 9 de Junio 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase de contacto: www.mbala.org

El nombre del documento: 20130609homilia.pdf